

*Las artes en al-Andalus y Egipto. Contextos e intercambios.*  
Susana Calvo Capilla (ed.)  
Madrid: Ed. La Ergástula (Colección Arte y Contextos, nº 2),  
2017. 292 págs.  
ISBN 978-84-16242-25-2

**Azucena HERNÁNDEZ PÉREZ**  
Universidad Complutense de Madrid  
azucena.hernandezperez@gmail.com

**E**ste libro, el segundo de la colección *Arte y Contextos* dirigida por la Dra. Susana Calvo Capilla y el Dr. Juan Carlos Ruiz Souza, profesores de la Universidad Complutense de Madrid, recoge una parte de las investigaciones realizadas en el marco del proyecto financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad “Al-Andalus, los Reinos Hispanos y Egipto: Arte, Poder y Conocimiento en el Mediterráneo medieval. Las redes de intercambio y su impacto en la cultura visual” (HAR2013-45578-R). Los estudios reunidos en este volumen analizan diversos aspectos de las relaciones artísticas y culturales que, a lo largo del Medievo, existieron entre al-Andalus y Egipto con el propósito de recuperar o reconstruir contextos culturales y vitales que en el pasado unieron todas las orillas del Mediterráneo.

Un elenco de investigadores medievalistas encabezados por Susana Calvo y Juan Carlos Ruiz Souza y nombres reconocidos como Antonio Almagro, José Miguel Puerta Vilchez, Carmen Barceló, Rafael Azuar, Laura Rodríguez Peinado, Noelia Silva, Danièle Foy, Anja Heidenreich, Francisco Hernández y Azucena Hernández, especialistas en arqueología, epigrafía, tratadística, historia del arte y de la ciencia respectivamente, nos sumergen en distintos aspectos de las emblemáticas culturas del Mediterráneo islámico.

El libro destaca por su atractivo diseño, las excelentes ilustraciones, todas a color, y un rigor expositivo de los autores de los textos con una aproximación multidisciplinar, apto para un público heterogéneo en su nivel formativo y sus intereses. Nunca hasta el momento se habían abordado tantos aspectos que hermanan y entrelazan las culturas andalusí y egipcia durante la Edad Media con independencia de los avatares políticos que ambos territorios experimentaron en esos siglos.

En palabras de Susana Calvo “ahora, cuando barreras visibles e invisibles dificultan el libre tránsito entre el este y el oeste, el norte y el

sur del viejo Mare Nostrum, es más necesario que nunca conocer la riqueza cultural y los intensos contactos establecidos entre sus pueblos gracias a los viajes de comerciantes, sabios, peregrinos y embajadores desde la Antigüedad y durante toda la Edad Media, para, de algún modo, recuperar las vías de comunicación hoy perdidas”.

El libro parece seguir la estela de la relevante publicación que coordinó M<sup>a</sup> Jesús Viguera en 2006 a raíz de la exposición que se realizó en el Real Alcázar de Sevilla en 2006 *Ibn Jaldún. El Mediterráneo en el siglo XIV: auge y declive de los imperios* en torno a la figura de este historiador, viajero y hombre de estado. Ibn Jaldún generó un discurso contemporáneo, fijando su atención en lo social y no en la mera narración de acontecimientos. Como historiador preocupado por la lógica de los imperios, por su expansión y declive se configuró como una figura clave para abordar los intercambios comerciales, los legados artísticos y científicos y las experiencias humanas en el Mediterráneo del siglo XIV, objetivo que subyace como hilo conductor en la obra coordinada por Susana Calvo que analizamos.

El libro se inicia con el artículo firmado por la propia coordinadora, Susana Calvo Capilla, en el que reflexiona sobre el papel central que ocupaba Egipto en el Mediterráneo, no sólo como escala necesaria en los viajes de peregrinación y de búsqueda del saber, sino como destino en sí mismo. Las páginas de los libros de viajes, las *rihblas* protagonizadas por viajeros andalusíes, dejan constancia de su admiración por la belleza y magnificencia de los monumentos egipcios, especialmente sus fortalezas, mezquitas y hospitales (*maristanes*). El arte en general y las artes suntuarias en particular son indicadores precisos de la identidad de gustos y costumbres existente en aquel contexto mediterráneo durante mucho tiempo, algo que en estos tiempos resulta tan difícil de imaginar.

Con un cuidado corpus de dibujos de plantas, alzados, secciones y reconstrucciones virtuales, nos transporta Antonio Almagro al palacio Sa’Adí al-Badī’ de Marrakech. Sus pabellones oriental y occidental en forma de *qubba* se adentran hacia el centro del patio que articula el conjunto áulico, en una disposición muy semejante a la del Patio de los Leones de la Alhambra de Granada. Almagro constata este paralelismo con lo andalusí en lo que a la planta se refiere combinado con la arquitectura mameluca del Gran *Iwān* de El Cairo y del Top Kapy Saray de Estambul en lo que concierne a los alzados y la concepción espacial. Dos legados artísticos, el de al-Andalus y el del Egipto mameluco que irradiaban el Mediterráneo.

El acercamiento de Juan Carlos Ruiz Souza a la arquitectura del poder en general y a los espacios funerarios en particular incide en las mismas premisas apuntadas por Almagro: la importancia de la arquitectura

desarrollada en el Egipto mameluco y su impacto en el Mediterráneo occidental durante la Baja Edad Media, especialmente en el reino nazarí de Granada y, a través de él, en la Corona de Castilla. Con su lenguaje directo y apasionado, dirige Ruiz Souza nuestra atención al modo en que la historiografía ha desenfocado las relaciones entre la arquitectura de al-Andalus y la del resto del Mediterráneo islámico. Se ha incidido en la dependencia del mundo omeya andalusí respecto del fatimí norteafricano (siglos X-XII) y se han soslayado las fructíferas relaciones bilaterales entre al-Andalus y el Islam suní de los ayyubíes y mamelucos (siglos XII-XV), sobre todo cuando El Cairo se convirtió en la capital artística y política del Mediterráneo tras la caída de Constantinopla en el siglo XIII. Fundamentando su propuesta en la retórica de los espacios centralizados y las cúpulas de mocárabes, nos hace reflexionar Ruiz Souza sobre el lenguaje del Gran *Iwān* de al-Nassir en el Cairo frente al de la Torre de Comares de la Alhambra o al del Salón de Embajadores del Alcázar de Sevilla de Pedro I de Castilla. En su sugerente discurso, las cúpulas de mocárabes devienen imagen de la creación y se articulan como forma preferente para cubrir un espacio funerario, desde los numerosos mausoleos de El Cairo a la Capilla Real de la mezquita de Córdoba o la capilla del convento de San Francisco de la Alhambra que acogió el cuerpo de la reina Isabel I de Castilla tras su muerte en 1504.

Tanto en el trabajo de Antonio Almagro como en el de Juan Carlos Ruiz Souza encontramos las huellas del hacer de Clara Delgado que ya en 1996, en la revista *al-Qantara*, nos desvelaba los vínculos entre las arquitecturas funerarias, religiosas y palatinas de al-Andalus, Egipto y el norte de África, planteamientos todos ellos deudores de los principios que guiaron a Leopoldo Torres Balbás.

Del lenguaje arquitectónico saltamos a la caligrafía de la mano de José Miguel Puerta Vílchez que se alía con el ya mencionado Ibn Jaldūn en su faceta de escriba en las dos cortes en las que sirvió, la mameluca y la nazarí, para destacar la importancia social y artística de la caligrafía, como herramienta esencial para la burocracia y sobre todo para la propaganda del poder del soberano. Puerta Vílchez nos acerca de forma ordenada y minuciosa a los grandes maestros calígrafos que formaban parte de la corte y generaron toda la tratadística sobre el arte canónico de escribir del que no parecieron formar parte los escribas (*kataba*) andalusíes. La caligrafía, sobre todo la mural, floreció durante el reinado nazarí y basta para ello admirar el gran caligrama arquitectónico cúfico del Mirador de la Lindaraja mandado construir por el sultán Muḥammad V. Si a ello se une la presencia en Granada de Ibn Jaldūn que nos dejó un auténtico tratado de caligrafía en su magna obra *al-Muqaddima*, se puede comprender la caligrafía poética

*sui generis* que decoró objetos suntuarios como los jarrones de loza dorada.

Y en este punto enlazamos con las investigaciones de Anja Heidenreich y Carmen Barceló sobre los centros de fabricación de loza dorada en Sevilla que se ha podido datar en el siglo XI gracias a sus inscripciones caligráficas. La historiografía consideraba que la técnica de la loza dorada no se introdujo en al-Andalus hasta el siglo XII y que las piezas recogidas en contextos arqueológicos más tempranos eran productos importados ligados al comercio mediterráneo. Heidenreich y Barceló demuestran de forma detallada y sistemática que un conjunto homogéneo, por sus rasgos decorativos, caligráficos y técnicos, de piezas de loza dorada hallada en contextos arqueológicos del siglo XI en el sudoeste peninsular, fueron realizadas en torno al año 1069 en la Taifa de Sevilla. Sus rasgos decorativos y técnicos las identifican como piezas de imitación de la producción cerámica fatimí lo que demuestra la rápida difusión de modas y novedades por el Mediterráneo. Sus inscripciones incluyen los nombres y títulos de dos de los reyes de la mencionada Taifa sevillana afirmando que se realizaron en su palacio.

El vidrio muestra toda su capacidad decorativa como revestimiento arquitectónico en el trabajo firmado por Danièle Foy sobre los vitrales fatimíes encontrados en excavaciones arqueológicas en Sabra al-Mansuriya (Túnez) y en Fustat (Egipto). Fragmentos de vidrio coloreado, transparente o traslúcido y de aspecto brillante, se fijaban a las celosías de yeso que cerraban los vanos de las ventanas dotando a los espacios arquitectónicos de experiencias cromáticas. Un extenso corpus de fotos y dibujos arqueológicos de los vidrios, sus decoraciones y los modos de fijación a las celosías completa las minuciosas descripciones de Danièle Foy.

Si hubo un comercio realmente pujante en el Mediterráneo medieval ese fue el textil y en él nos embarca Laura Rodríguez Peinado desentrañando cómo exportaba al-Andalus tejidos de lujo a los reinos cristianos y a todo el Mediterráneo y como los importaba de Bizancio, Egipto, Irán y Asia Central. Los textiles fueron también objeto de intercambio como regalos diplomáticos y sufrieron el expolio y la apropiación en los botines de guerra. Laura Rodríguez nos enfrenta a los tejidos medievales que nos han llegado como parte de tesoros eclesiásticos y ajuares funerarios y a la enorme dificultad para diferenciar su origen andalusí o foráneo. La procedencia diversa de estos tejidos, mayoritariamente de seda y con atractivos diseños y colores, facilitó la formación de un vocabulario estético ajeno a significados religiosos o políticos que incrementó su movilidad como objetos de lujo generadores de estatus e identidad social.

En este mismo contexto de intercambio de objetos de lujo se enmarca la investigación de Noelia Silva Santa-Cruz sobre la producción eboraria en al-Andalus, Egipto y el Norte de África y su circulación por todo el Mediterráneo. El estudio se centra en dos arquetas de marfil de taller fatimí y en un conjunto de píxides del siglo XIV cuyo origen es difícil de determinar por sus analogías estilísticas y por la evidente transmisión de formas y técnicas artísticas entre los centros áulicos de creación suntuaria de al-Andalus (Granada) y Egipto (El Cairo). Las píxides de marfil, de forma cilíndrica y tapa plana, están recubiertas con un refinado diseño floral continuo, en forma de malla, muy denso y perforado en la mayoría de los casos que los hacen inconfundibles.

Habiendo ya identificado las referencias cruzadas, los viajes de ida y vuelta entre al-Andalus y Egipto tanto en la arquitectura, sus revestimientos, la caligrafía, la cerámica, los textiles y el marfil, se completa el libro con tres estudios dedicados a los metales islámicos, uno de los campos menos estudiados hasta el momento. Objetos de metal de uso cotidiano, suntuario o científico fueron también materia de intercambio e influencia mutua.

Rafael Azuar nos acerca a los denominados “bronces de Denia”, un conjunto de 82 piezas de bronce, entre candelabros, lámparas, pebeteros, cuencos, lavamanos, vasos, acetres, cazos, candiles, morteros y hasta pesas de balanza, entre otros que se encontraron en la década de los veinte del siglo XX enterrados en un gran recipiente cerámico en la ciudad de Denia. El detallado estudio de las piezas realizado por Azuar le permite afirmar que un total de 64 piezas que representan un 80% del total son de origen fatimí, del siglo XI, pero no todas manufacturadas en Egipto, sino también en la zona del Tiberiades, lo que fue la Palestina fatimí. El cargamento de estos bronce fragmentados y deformados en origen fue transportado de Egipto a la Denia andalusí para su refundición por la escasez de estaño (metal que junto al cobre forma la aleación denominada bronce), que había en ese momento.

De piezas suntuarias realizadas en el Egipto mameluco con otra aleación del cobre, el latón y de las técnicas del damasquinado, el granulado y la filigrana que las decoran, trata el estudio de Francisco Hernández Sánchez. Pebeteros y cajas metálicas conservadas en museos españoles que tradicionalmente se habían considerado de origen nazarí presentan una extraordinaria semejanza con otras catalogadas fuera de nuestras fronteras como mamelucas. Una cuidada descripción de las piezas incidiendo en los motivos ornamentales generados mediante la técnica del damasquinado con incrustación de

oro y plata sobre latón, permite a Hernández Sánchez proponerlas como objetos suntuarios de origen egipcio.

Y también son de latón los astrolabios, objetos de uso científico y de apoyo al culto islámico con una clara dimensión estética, cuya presencia en las sociedades de al-Andalus y Egipto aborda Azucena Hernández Pérez. El estudio se realiza desde la doble vertiente del arte y la ciencia, de las referencias cruzadas, de los viajes de ida y vuelta de las ideas, las innovaciones y las tradiciones que se generaron a ambos lados del Mediterráneo islámico medieval en torno al astrolabio. El examen de los elementos estructurales y ornamentales de unos astrolabios andalusíes de periodo nazarí y otros egipcio-sirios de periodo ayyubí ponen de manifiesto las analogías y diferencias a la hora de dotar de valor funcional y estético a estos instrumentos en el reino de Granada y el sultanato ayyubí.

Este libro marca un antes y un después en el modo de abordar el conocimiento de una cultura poliédrica como la andalusí, entroncada en el Mediterráneo y que fue generadora y receptora de influencias, tradiciones e innovaciones. Es notable la habilidad de su editora, Susana Calvo Capilla, para aunar estudios especializados sobre obras de naturaleza tan diversa como las arquitecturas palatinas, la epigrafía, las piezas de marfil, los textiles o los astrolabios pero manteniendo un hilo conductor, el del contexto cultural compartido entre al-Andalus y Egipto. Se agradece que se superen visiones historiográficas que han enfatizado aspectos como la rivalidad entre los califatos omeya y fatimí y que derivaron en una visión parcial donde al-Andalus parecía ir a remolque de las influencias externas. Es gratificante que los estudios incidan especialmente en el periodo cronológico menos estudiado hasta el momento, el de los siglos XIII al XV y sitúen en el mismo plano de valor y relevancia la arquitectura y las artes suntuarias.